

LA LÁMPARA

DEL SARTURJO

N.º 31 - Abril - Junio 2009



LA LÁMPARA DEL SANTUARIO



LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Fundada por Luis de Trillas

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Pedro García Mendoza

Francisco Garrido Garrido

Avelino González González

Angel Blanco Marín

Administración:

Victoriano Molina Torrado

Colaboran en este número:

Domingo Muñoz León

Ángel González Prado

Lino Emilio Díez Valladares

Helióddoro García Mozo

José Luis Otaño Echaniz

Alfonso Caracuel Olmo

Redacción y Administración:

Barco, 29 - 1.ª

Teléf.: 915 226 938 - Fax: 914 465 726

28004 Madrid

www.adoracion-nocturna.org

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Chamorro

Barreras, 15 - Téf.: 953 740 426

E-mail: juanc.chamorro@telefonica.net

23440 Baeza

Marca n.º 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001

ISSN 1579-9492

3ª Época - N.º 31 • Abril - Junio 2009

Sumario

1 Adorado sea el Santísimo Sacramento

La Eucaristía ¿Refugio o compromiso?

2 Nuestra Portada

Cerro de los Ángeles

4 Los Salmos y su dimensión Eucarística

Deseo del Santuario

8 Eucaristía y Vida Cristiana

Comunión: Misión de Eucaristía

10 En Memoria Mía

Vivir la Eucaristía en el Año Litúrgico

14 Ave María Purísima

María en las Bodas de Caná

16 Voz de la Iglesia

Homilía del Papa en la Canonización de varios Beatos

20 El misterio de la fe

Cristo, Creación, Eucaristía

24 Se de Quién me fio

San Pablo Testigo y Maestro

28 Tres Meses

29 Ex-Libris

Agradecemos la
colaboración de



ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LA EUCARISTÍA ¿REFUGIO O COMPROMISO?

"Descansa sólo en Dios, alma mía
porque El es mi esperanza;
sólo El es mi roca y mi salvación
Mi alcazar; no vacilaré.
Pueblo suyo, confiad en El
Desahogad ante El vuestro corazón
Que Dios es nuestro refugio. "

(salmo 61)

La Sagrada Escritura, los salmos de un modo especial, son una llamada a confiarnos a Dios. El es siempre quien no nos falla. Tantas veces repetidas las palabras de Jesús "no temáis".

Porque son muchas las tormentas que - como los discípulos en la barca- pueden atemorizarnos. La vida del hombre está sometida a mil temores. Sería una larga lista el comentarlos. Están por una parte, los inherentes a nuestra limitada condición humana, sobre todo la enfermedad, la muerte...pero además, en nuestra situación familiar, laboral, existen sombras. En todas esas circunstancias hemos buscado en Dios un refugio.

Porque, además, puede estar esa otra tristeza que a veces nos invade. Como la niebla invade el bosque en una tarde invernal. No sabemos de donde viene y cada vez se hará más densa. E invade nuestra alma y hasta nuestros huesos. Es, quizás, la tristeza, la soledad de ser hombre; de querer y no poder, de la insuficiencia de todo lo humano (y pensamos que hasta de todo lo divino) para liberarnos de esa tristeza para romper nuestra soledad.

Y también nuestro fallos, nuestros propósitos nunca cumplidos, nuestra insensibilidad

hacia lo que está un poco lejos de nosotros, este mundo podrido de guerras, de hambre, de egoísmo, de desesperanza. Algo que nos parece irremontable. Y los tremendos fallos de nuestra Iglesia a la que, con razón, confesamos santa porque Cristo es su cabeza, y su palabra y sus sacramentos están en la Iglesia y porque en ella ha habido y hay millones de santos, pero que, a la vez está llena de pecadores. ¡Pero los pecados se ven tanto!. Y esto nos angustia, nos entristece, nos aplasta. Y por si fuera poco, ésta cristianofobia que recorre todo el mundo.

Pero "¿Dónde vamos a ir, Tú tienes palabras de vida eterna?". Sabemos que Tú estás en la barca, que estás con nosotros, que sufres con los sufrimientos de tantos que sufren. Tenemos esperanza; sabemos que por encima de las nubes brillan el sol y las estrellas. Y en Dios buscamos y encontramos siempre nuestro refugio. Y en la oración aunque sea temerosa encontramos consuelo. Y sobre todo en el Pan encontraremos satisfacción a nuestra hambre, fuerza en nuestra debilidad, confianza en nuestros tormentos interiores y exteriores.

Pero la fe, la oración y la eucaristía no pueden nunca ser un mero refugio, una huida. La fe, la esperanza y la caridad son para el cristiano un compromiso que se actualiza en la Eucaristía. Esta tiene que ser motor de nuestra vida, exigencia de testimonio. "No os sorprenda que el mundo os odie" (1Jn 3,12). Él nos envía, como a Él lo envió el Padre, para que demos fruto, para ser luz y sol. Nos envió a sembrar, a sembrarnos. Y en esa tarea encontraremos siempre consuelo, gozo y renovadas fuerzas.

NUESTRA PORTADA

CERRO DE LOS ÁNGELES



El día 21 de junio, España renovará su consagración al Sagrado Corazón de Jesús y lo hará en el mismo lugar, el Cerro de los Ángeles, donde hace 90 años, Alfonso XIII entregó el pasado, el presente y el futuro de nuestro país al Rey de Reyes. Con tan fausto acontecimiento, las reliquias de la primera santa a la que fue revelado el Corazón de Cristo, Santa Margarita María de Alacoque, han venido a España iniciando un peregrinar por las diócesis de Madrid y Getafe.

Del semanario «Alfa y Omega» tomamos el siguiente artículo firmado por José Antonio Méndez.

"Ojalá pudiera contar todo lo que sé de esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y descubrir a toda la tierra los tesoros de

gracias que Jesucristo encierra en su Corazón adorable, y que quiere derramar con abundancia sobre todos los que la practiquen». Si santa Margarita María de Alacoque expresaba así su incapacidad para expresar lo que durante años le fue revelando el mismísimo Cristo, a través de su Sagrado Corazón, cuánto más complicado puede ser resumir semejante mensaje en la página de un semanario, como la que el lector tiene entre las manos. Sin embargo, la vida, obra y testamento de esta santa francesa -no demasiado conocida en nuestro país-cobran un especial interés, habida cuenta de que sus reliquias incorruptas están a punto de aterrizar en suelo madrileño para preparar la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús.

El objetivo de la visita de las reliquias de la



santa a Madrid es ahondar en la devoción al Corazón de Cristo, para que todos los fieles puedan vivir intensamente la celebración por la que, el próximo 21 de junio, España renovará su consagración al Rey de Reyes. Y decimos renovará porque, hace 90 años, el rey Alfonso XIII dejó en manos del Sagrado Corazón el pasado, el presente y el futuro de la nación. Entonces lo hizo ante el monumento a esta devoción, erigido en el Cerro de los Ángeles, en la localidad madrileña de Getafe, y que hoy yace en ruinas después de ser fusilado por los milicianos de la República durante la Guerra Civil. Casi un siglo después, el escenario de la consagración será el mismo, con la salvedad del nuevo monumento, levantado en los 60.

Pero, ¿quién fue esta santa de la que hoy se veneran las reliquias, y cuál fue el mensaje que el Corazón de Cristo le transmitió? Vayamos por partes.

Santa Margarita María de Alacoque fue la primera persona en recibir la visión del Sagrado Corazón, la primera en extender esta devoción, hasta entonces desconocida. Las manifestaciones se sucedieron desde 1673 hasta 1675.

El Mensaje del Sagrado Corazón

Ella, una joven religiosa contemplativa de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora -salesas-, puso por escrito en su Autobiografía todo cuanto

Cristo le fue diciendo. Y que se centraba, básicamente, en un solo mensaje: «Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento (...), descubriendo su Divino Corazón, me dijo: He aquí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que no se ha reservado nada hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en respuesta no recibo de la mayor parte sino ingratitude, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en

este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por eso te pido que sea dedicado el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi corazón, comulgando ese día y reparando mi honor. Te prometo que mi corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su Divino Amor sobre los que le rindan este honor y procuren que le sea tributado».

Con la nueva ley del aborto en ciernes, los padres lamentando el expolio educativo que supone Educación para la ciudadanía o la distribución sin control previo de la pildora del día después, valore el lector si es o no buen momento para poner, de nuevo, el futuro de España, y de cada hombre y mujer, en manos del Sagrado Corazón de Jesús.



LOS SALMOS Y SU DIMENSIÓN EU- CARÍSTICA

DESEO DEL SANTUARIO (Salmo 84 (83))

D alguna manera todos los salmos tienen una dimensión eucarística puesto que la Eucaristía es alabanza a Dios, acción de gracias, comunión con Dios. Un acento eucarístico especial tienen algunos salmos que expresan el deseo del fiel de estar en el Santuario de Dios para gozar de su presencia. Hoy hemos escogido un salmo en que se manifiestan las ansias

de los que van en peregrinación hacia la casa de Dios y el anhelo del encuentro con el Señor. Como veremos, este salmo está lleno de una espiritualidad de unión con Dios que tiene su más plena realización en los múltiples aspectos del misterio de la Eucaristía: la presencia, la contemplación del resplandor del Dios sol y escudo y la plenitud de sus bienes.

He aquí el texto del salmo:

- 1 Salmo.
- 2 ¡Qué deseables son tus moradas,
Señor del Universo!
- 3 Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne
retozan por el Dios vivo.
- 4 Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor del Universo,
Rey mío y Dios mío.
- 5 Dichosos los que viven en tu casa,
alabándote siempre.
- 6 Dichoso el que encuentra en ti su fuerza
y tiene tus caminos en su corazón:



- 7 Cuando atraviesan áridos valles,
los convierten en oasis,
como si la lluvia temprana los cubriera de bendiciones;
- 8 caminan de baluarte en baluarte
hasta ver al Dios de los dioses en Sión.
- 9 Señor del Universo,
escucha mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob.
- 10 Fíjate, oh Dios, Escudo nuestro,
mira el rostro de tu Ungido.
- 11 Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.
- 12 Porque el Señor Dios es sol y escudo,
el Señor da la gracia y la gloria;
y no niega sus bienes
a los de conducta intachable.
- 13 ¡Señor del Universo, dichoso el hombre
que confía en ti!

El salmista suspira por el Templo (v. 2-4)

El salmo, después de indicar en el verso primero algunos detalles de la forma de cantarlo, prorrumpe en una exclamación "¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo!". El autor habla de los atrios del Señor (v. 3) y de los altares de Dios (v. 4). Encontrarse con Dios es el anhelo que llena todo el ser del salmista: alma, corazón y carne. Es importante destacar la expresión "Mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo". Es la alegría profunda que se hace incluso expresión corporal. También las invocaciones "Rey mío y Dios mío" manifiestan la profunda experiencia de Dios.

La dicha de vivir en la Casa de Dios

(v. 5-8)

En esta estrofa se repite dos veces el término "dichosos". En primer lugar se menciona la dicha de vivir en la Casa de Dios alabándole siempre (v. 5). Sin duda alguna podemos aplicar estas palabras a la dicha de los adoradores y de los que participan en el misterio eucarístico. El salmista, en su camino hacia el santuario, encuentra en Dios su fuerza (v. 6). Es como un oasis en medio de áridos valles o como la lluvia temprana, bendición de Dios (v. 7). Las etapas del camino tienen como recompensa el ver al Dios de los dioses en Sión (v.8). Es una manera magnífica de expresar el gozo del encuentro con Dios.

La súplica del salmista: Mira el rostro de tu Ungido

(v. 9-10)

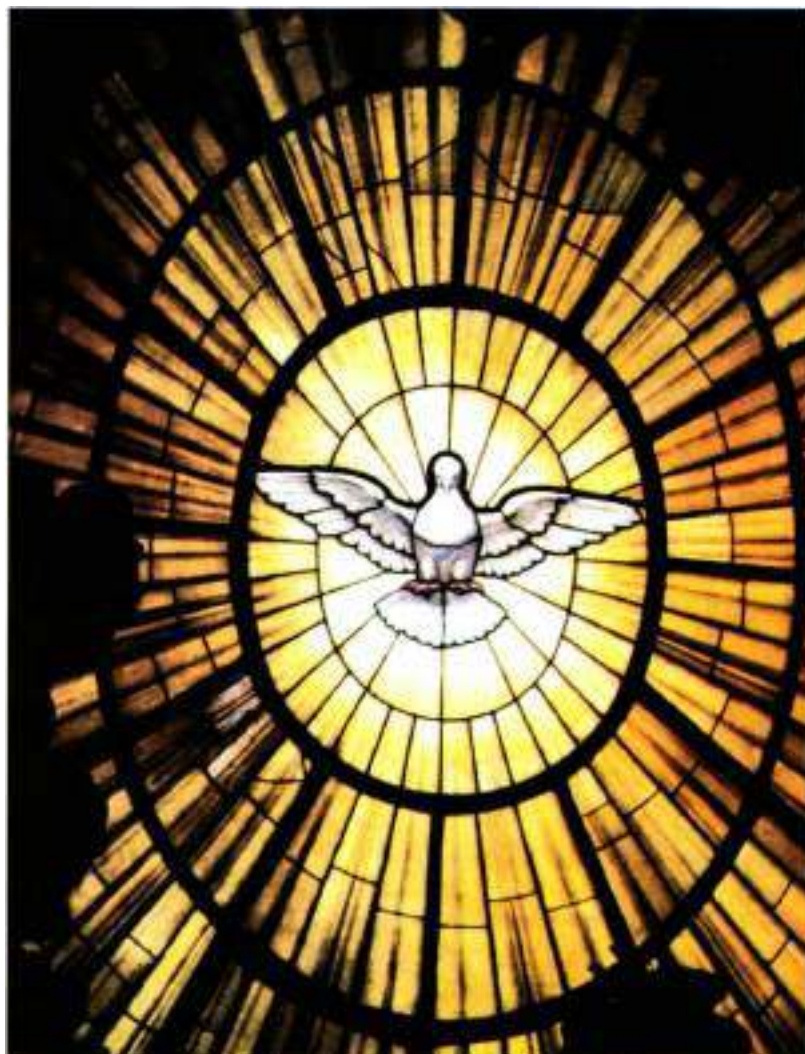
Tras expresar los sentimientos del salmista y la dicha de los que viven

en la Casa de Dios, el autor de este precioso salmo pasa a formular una súplica. Para ello emplea cuatro verbos: escucha, atiéndeme, fíjate, mira. El autor se dirige a Dios también con cuatro apelativos: Señor del Universo, Dios de Jacob, Oh Dios, Escudo nuestro. ¿Qué ha querido expresar el salmista con la expresión "Mira el rostro de tu Ungido"? Probablemente el orante se siente identificado con el Ungido del Señor y con el Pueblo Santo. Por ello pide que el rostro del Señor les ilumine. Veremos que esta imagen se prosigue en la estrofa siguiente.

Dios es Sol y Escudo

(v. 11-12)

De nuevo encontramos expresado el sentimiento íntimo del salmista que prefiere un día en los atrios del Señor a mil en su casa (v. 11a), pero sobre todo prefiere estar en el umbral de la casa de Dios, es decir, en la cercanía de Dios, a vivir con los malvados (v. 11b). La razón que da el salmista es como una profesión de fe y a la vez una muestra de gratitud: "El Señor Dios es Sol y Escudo". La frase nos recuerda la definición de Dios en 1 Jn 1,5: "Dios es Luz y en Él no hay tiniebla alguna". En una segunda proclamación se dice: "El Señor da la gracia y la gloria". Estos dos términos tienen también una dimensión eucarística indudable expresada por santo Tomás en la Antífona "¡Oh Sacrum convivium!" cuando habla de la Eucaristía como fuente de gracia y como prenda de la gloria futura. En una tercera proclamación el salmista afirma que Dios "no niega sus bienes a los de conducta intachable". Naturalmente se trata de toda clase de bienes pero de una manera especial de los bienes en el país de la vida.



Final del Salmo

(v. 13)

Para terminar este salmo el autor se dirige a Dios con estas palabras: "¡Señor del Universo, dichoso el hombre que confía en ti!". Esta proclamación de la dicha, que ya habíamos encontrado en los versos 5 y 6, culmina ahora con un acto de confianza en Dios. El salmo primero e igualmente el salmo 119, además de otros muchos salmos, nos hablan de la confianza en Dios como fuente suprema de dicha. El apóstol san Juan en la primera carta nos invita a confiar "porque Dios es mayor que nuestro corazón y lo comprende todo" (1 Jn 3,20). Confiar en Dios es apoyarse en el Dios Todopoderoso, en el Dios Amor (1 Jn 4,8). La

Eucaristía es el misterio del "Amor de los amores".

Conclusión:

En la explicación del salmo hemos indicado ya diversos aspectos de la aplicación eucarística. Orando con este salmo el cristiano tiene una excelente oportunidad de pensar en la dicha del Sagrario, en el encuentro con Dios en el Templo, en la presencia real de Cristo (el Sol de Dios), en el valor redentor del sacrificio de Cristo (altar), en el banquete del Pan de vida (los bienes de la gracia y de la gloria) y en la promesa de la vida eterna que es la meta de nuestra peregrinación.

Domingo Muñoz León

EUCARISTIA Y VIDA CRISTIANA

COMUNIÓN: MISIÓN DE EUCARISTÍA

Lo que escribo es parte de mi libro de poemas: "Misión en las mil colinas". Es continuidad de quien se despidió comulgando con los suyos: "Haced esto en conmemoración mía"

Otros también comulgando, llevando de las manos a los suyos:

A la memoria de mi padre, de cuya mano recorría las riberas de mi tierra. Al recuerdo de mi madre que me sacaba los pinchos del camino. A Sengi y Mwiza, primeros niños pigmeos, que de mi mano llevé a la Escuela, al Bautismo, a Comulgar. (En las misiones, en circunstancias normales, no se da Bautismo ni Comunión Primera, sino después de recibir de sus catequistas el leer y escribir y las llamadas cuatro reglas. Santa y sabia nuestra Iglesia en su ser y en su hacer...)

Léase lo escrito en línea continua y saboreando el humilde verso interior. Como un proceso, desde el origen divino: "Haced esto...", hasta el Alimento para la Vida desde el envío y la llegada; siempre caminando, celebrando, repartiendo, compartiendo y esperando frutos.

Y dejé mis cosas... y dejé la tierra... y vine a esta tierra. Era como un niño... y a nacer de nuevo.

Aprender de madre los primeros pasos: fue me dio palabras en su vieja lengua. Presentó a sus hijos, todos como el ébano. Enseñó senderos todos entre el polvo. Ofrendó esperanza de verdes colinas. Aires siempre puros. Azules muy cielos. Y me hice al polvo... y me enamoró el ébano. Era como un niño... y a nacer de nuevo. Allí fue la misión: en Burundi-Ruanda, en el país de las mil colinas.

Colinas de tierra roja, pasto del fuego apagado, olvidad los tiempos pasados. Colinas como cabezas de jóvenes adornadas a la alegría de fiesta. Y en miles de surcos verdes, siempre fiesta de esperanza, suben y bajan senderos los hijos de estas colinas, los hijos de aquellas lágrimas.

Misionero: el camino siempre es tuyo, pero nunca de posada. "Ni el que planta ni el que riega..." define tu identidad.

Mozo de Nazaret: tus anchas espaldas contra el quicio de la puerta, aquella tarde larga. En la perspectiva de tus ojos el camino, camino de tus hombres (y cómo te fuerza la espera). Tarde larga de mi libresco Kirundi, tengo enfrente la colina... Me imagino los senderos y quiero saber a polvo. Siento muchos pies descalzos y me duelen sus heridas. Se va la tarde, otra tarde y cómo quema la espera.

Abana-Abana: los niños. Son muchos, muchísimos en África. África es todavía un niño. Aquella mañana oí sonrisas en la colina grande y corrí al rincón del ébano negro. Ni el azul ni el negro. Ni azules ni negros. Simplemente ojos repletos de vida y que me lleven ellos, mi vida en su vida, y que me lleven ellos.

En la misión, la primera y única Navidad es la que cuenta.

Dime, Portal, en aquel Belén o en la tierra de esta tierra. Dime, Portal, eres postizo en un rincón artificial de iglesia y vives al aire y al azul del cielo en las altas colinas y en las bajas riberas. Dime, Señor, fue en Belén primera vez, y en la tierra de esta tierra la



las infinitas colinas son siempre verdes, los caminos siempre de polvo, arriba un azul muy cielo y abajo el ébano negro". (La muñeca, de puro contenta, movía y movía sus brazos desde su corazón metálico)

"La Iglesia es el pueblo de Dios que..." Pueblo, de mi Burundi pueblo. Quién te canta. Quién te dice libertad. El verde de tus colinas, salvaje verde de selva. El agua de tus riberas, venas de gigante al mar y en tu ríos.

¡Iglesia!, ¡Iglesia!. Iglesia de mi pueblo, Iglesia, no te pierdas al Maestro de Vida y de mandamiento: "Como el servir es a ser, el compartir al vivir". Y no hay verde sin colinas, ni madre que no dé vida, ni el hijo sueña esperanza si no le curan la herida.

Comunión (Ugusangira): Me convocaron a juicio, y amenazaron con prisión, por llevar la comunión a la abuela moribunda.

Y llegando a la cabaña, aquella mujer, acurrucada entre hojas, era sólo ojos (ni cuerpo de carne, ni fuerza en las manos) Era sólo ojos: última ventana abierta a la vida: - madre joven fue amamanta un tibio seno, - chiquillos en cueros y al sol fue que aprenden a indiferencia entre la madre y la abuela, - mocita, rompiendo a fiesta, - desgranando el sorgo nuevo, - el hacha canta madera a ritmo de hombre joven, - el huerto espera la lluvia camino de su faena.

Era sólo ojos, última ventana abierta a la vida. Y junto a ella se va el camino, colina abajo: - sendero en polvo que fue su huella, - surcos peinados en sus sembrados, - aroma abierto de tanto verde, - el agua limpia de sus riberas. Y junto a ella viene en camino, colina arriba: - un polvo de senderos y rojo, de lagar de vino, su vestido, - aradas las espaldas en surcos de esperanza, - arma del Líbano, - agua de vida restañando heridas: "A comulgar con ella". Eran sólo ojos, repletos de vida.

Día vendrá y te parecerá un instante, el tiempo compartido con el ébano. Pero ese instante del vivir de dentro, fue en ti y en ellos, lleva raíces de eternidad.

Heliodoro García Mozo

Párroco de San Rafael de Peñagrande. Madrid

segunda y la tercera y hasta el tercero día la espera. María: estabas sola y en la choza vieja, al romper el alba y en la fresca hierba. Niños: no cortéis las pajas ni arruinéis la hierba y dejad el musgo junto a la choza vieja.

Mi primer tiempo de Misión fue en Bukeye (Amanece) para ir haciendo el oído a la difícil lengua bantú: el kirundi. Y en Bukeye residía la antigua Corte de la Reina que contaba con un tan-tan gigante y sagrado, fue sólo hacia S.M. el Rey anunciando al pueblo la propicia sementera de los campos. Una vez, el príncipe heredero estaba enfermo y ante su curación, la Reina madre agradecida cambió el nombre de la Gran Colina "Ya no Buriye (atardece), sino Bukeye (amanece)". Bukeye es amanecer, es el anuncio, y en un instante, que no es instante, se hace la luz, luz sin frontera: una colina, dos, tres, mil colinas amanecen, cierran corro y hacen plaza: lugar de reyes, Bukeye. Ya el Rey no bebe y el pueblo siembra y el pueblo canta otra esperanza. Atardeceres al Bukeye, paradoja eterna.

Regalo de reyes. A los niños morenos (como a todos los niños) les encantan los juguetes. Muñeca de corazón metálico, en vida en los sacos de ropa usada. ¿Ya tienes todos?, se oyó la voz de Gaspar. Y Baltasar, el moreno, agachó la cabeza, disimulando su sonrojo, apenas perceptible, en el sentido ébano de su rostro. "Tómala, llévala lejos, muy lejos, dijo el honorable Melchor, donde

EN MEMORIA MÍA

VIVIR LA EUCARISTÍA EN EL AÑO LITÚRGICO

EL texto del Concilio que reproducimos no tiene desperdicio. Dice muchas cosas y muy importantes, aunque tenemos que limitarnos a varias fundamentales que hemos subrayado en el texto conciliar.

Es nuestra constante labor de conocer, ahondar y vivir el misterio de la Eucaristía, y de llevar a nuestra vida de cada día lo que en la Misa celebramos y comemos, este punto, el año litúrgico, tiene gran importancia tanto por razones teológicas como prácticas.

Desde el misterio de Cristo.

La muerte y resurrección del Señor culminan y resumen el plan de Dios sobre el hombre realizado en Cristo. En la muerte y resurrección de Jesús se cumple especialmente la obra de redención y de perfecta glorificación de Dios. Pero no olvidemos que todo el ser de Cristo, desde la determinación entera de la Encarnación y, ya en el tiempo el hecho de esa Encarnación, en un momento y lugar de la creación, hasta su vuelta al Padre forman una unidad: EL MISTERIO DE CRISTO.

Una unidad que se desarrolla en pasos concretos enmarcados, vividos en el tiempo y en el espacio de los cortos años humanos de la vida de Jesús. Y para ser más exactos, deberíamos decir que ese misterio de Cristo culminará cuando, al final de los tiempos y de la historia so-

metido todo a sus pies, vencido definitivamente el pecado y la muerte ponga Cristo todo a los pies del Padre. Cristo cabeza, y con Él todo el cuerpo del Cristo del que formamos parte nosotros sus miembros, se habrá cumplido definitivamente el plan de Dios sobre la creación.

Ahora bien, ese misterio de Cristo que se desarrolló en su vida, muerte y resurrección será siempre inabarcable para el hombre. Pero guiados por la fe podemos ir descubriendo algo de las infinitas riquezas de ese misterio acercándonos a cada uno de los momentos, de los pasos de Jesús en su vida terrena.

Y no debemos prescindir de ninguno de ellos, debemos, a la vez que somos conscientes de la unidad, del conjunto de ese misterio, considerar y meditar todas las facetas, es decir, cada uno de esos pasos, para así entender, un poco más, y amar un poco más a Dios, que es amor y se nos ha hecho tan cercano en Cristo.

Por qué el año litúrgico.

Recordemos la enseñanza de San León Magno: "Lo que en nuestro Redentor era visible ha pasado a los ritos sacramentales". Todos esos pasos del Cristo visible los recordamos, los vivimos en los sacramentos. De modo semejante a lo largo del año litúrgico vamos recordando y vivimos los distintos momentos de la vida del Señor.



Es aleccionadora la "historia" del año litúrgico. Podríamos resumirla diciendo que del núcleo primero de la predicación de los Apóstoles "Cristo murió y ha resucitado" fue desarrollándose la expresión de la fe y vivida en el culto cristiano. La muerte y resurrección de Jesús tuvo su celebración primera en cada domingo, el día de la resurrección del Señor. Pronto surgió la celebración de un domingo especial en el año, coincidiendo más o menos

con la fecha de la Pascua Judía y por lo tanto con la fecha de la muerte y resurrección de Cristo. Como preparación a la celebración de la Pascua surgió enseguida un periodo de preparación, la CUARESMA (s.II-III) tiempo de penitencia que como "compensación" daría lugar a un tiempo de alegría pascual hasta PENTECOSTÉS. Un poco más tarde quizás motivado por las controversias cristológicas de la época, comienza a celebrarse la fiesta de la NAVIDAD a la que precederán también unas semanas de preparación (s V-VI) el ADVIENTO. En el Siglo VII encontramos ya un calendario bastante completo que incluye también algunas otras celebraciones: la Anunciación, la Asunción de la Virgen y su nacimiento, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, San Andrés, etc.

La presencia de la Virgen María en la confesión de la fe y en la devoción de los cristianos es costumbre desde los primeros tiempos.

El culto, el recuerdo de los mártires aparece muy pronto en la Iglesia; se celebrará incluso la Eucaristía sobre sus sepulcros, se recordaba el día de su "nacimiento" (dies Natalis), el día de la muerte o de su martirio.

En nuestra vida.

El año litúrgico como despliegue del misterio de Cristo nos ayuda a vivir, a incorporarnos a ese misterio en su realidad terrenal. Todos los sacramentos y oraciones litúrgicas encierran esa virtualidad, pero especialmente la vivimos en la Eucaristía, en su celebración cada domingo y especialmente en la Pascua, a lo largo del año litúrgico nos hace presentes, nos incorpora los distintos momentos salvíficos de la vida del Señor Jesús.

Un aspecto relevante del año litúrgico, y de la Eucaristía es su sentido escatológico: a través de lo temporal nos lleva a lo eterno. Un aspecto que recordaremos en otra ocasión.



El año litúrgico no puede ser algo reducido a la liturgia, menos aún al calendario que cuelga en la pared de nuestra cocina.

Pocas cosas nos ayudarán a vivir la Eucaristía (las lecturas y textos del misal) y hacer que la celebración dominical no sea una media hora perdida en nuestra semana, como el vivir el año litúrgico en nuestra devociones privadas, en nuestra vida cotidiana, tenemos que "caer en la cuenta" de que esamos en Adviento, estamos en Cuaresma, estamos en la Pascua, hoy es la Asunción de la Virgen...

El año litúrgico cobrará toda su eficacia si nos proponemos llevarlo a nuestra casa, vivirlo en la familia. En este sentido la Navidad tiene, conserva gracias Dios, un lugar relevante en nuestra vida de cristianos. La presencia y la preparación del Belén es algo precioso que debemos fomentar. Pero deberíamos ingeniarnos para que "cosas visibles nos lleven al amor de lo invisible", como rezamos tantas veces en la Misa. Esa importancia de lo externo, de los signos merece toda nuestra atención. Por supuesto recorriendo el campo de la liturgia y de la religión.

EL AÑO LITÚRGICO

"La Santa Madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año, la obra salvífica de su Divino Esposo. Cada semana, en el día que se llamó "del Señor" conmemora su resurrección que una vez al año celebra también junto con su Santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua.

Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa esperanza dichosa de la venida del Señor.

Conmemorando así los Misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación.

(Vaticano II Const. de la Liturgia, 102)



En el terreno de las creencias vemos como toda religión crea sus propios signos; muchas veces espontáneamente. La Cruz, el pez, son seguramente los más antiguos signos de nuestra fe cristiana. La liturgia, por supuesto, está cuajada de signos. Signos que debemos conocer, usar, purificar,

o incluso, un estorbo. Pero esas otras manifestaciones externas serán significativas del Dios siempre presente, que nos ama y se nos ha acercado en Cristo.

Jesús González Prado

AVE MARÍA PURÍSIMA

"EN LA ESCUELA DE MARÍA MUJER EUCARÍSTICA"

MARÍA EN LAS BODAS DE CANÁ

SIGUIENDO el recorrido sugerido por la enscénica, nos situamos ahora en la contemplación de María en las bodas de Caná (Jn 2, 1-12):

"Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: «no dudéis, ñaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así "pan de vida"»" (EdE 54).

Es bello conjugar este episodio, en el evangelio de Juan, con otro, el de la cruz (19, 25-27), que constituye el cumplimiento de la actitud de María en Caná (cf. EdE 57). En el Calvario, Jesús mismo nos entrega la experiencia carismática de María, para que la vida de sus discípulos fuese siempre un culto en espíritu y verdad. El vínculo que une los dos momentos marianos del cuarto evangelio lo constituye la actitud obediente de María que, en su misterio-ministerio de madre y de discípula por excelencia del Hijo, se deja envolver en la actitud interior del mismo Hijo. En aquel "Haced lo que Él os diga" (Jn 2, 5) podemos descubrir el modo en que María ha vivido constantemente en su existencia la actitud de acogida del misterio del Hijo, entendido como significado central, "maestro", de la propia vida.

La Eucaristía es la gran celebración de Cristo y de la Iglesia. "Haced lo que Él os diga", dijo María a los servidores de la boda de Caná. Y Cristo realiza el milagro de la conversión del



agua en vino. "Haced esto en memoria mía" (Le 22, 19), dice Cristo, y en la celebración de la Iglesia se realiza una transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

El hecho que el evangelista Lucas, al trazar la vida interior de María, subraye su actitud de custodia de la palabra, mediante una intensa meditación orante y silenciosa (cf. Le 2, 19.51), evidencia claramente cómo obrase en su vida



la persona del Hijo. Esta admirable experiencia ha llevado a Jesús a regalarnos a María en el momento de su total entrega oblativa en las manos del Padre, para que la Iglesia supiese siempre hacer sitio a la presencia del acontecimiento pascual. Quien en su existencia ha construido cada instante como apertura al hoy de Dios, y se ha dejado transformar progresivamente por la fuerza del Espíritu Santo, entra en la intimidad de Cristo y revive personalmente la plenitud del don pascual de la salvación. Esta actitud interior de María representa la condición habitual de todo bautizado que se deja atraer hacia Cristo por el Espíritu Santo, para una intensa relación ritual en el acontecimiento eucarístico.

La celebración eucarística, cuando es vivida de modo "creyente", guía a los discípulos a

expresar ritualmente la atracción hacia el misterio pascual de Cristo, como lo hizo María. En su estar al pie de la cruz, vislumbramos cómo María, en toda su historia, se haya situado en espíritu de activa y personal participación en el misterio del Hijo para compartir la condición de entrega al Padre y a los hombres, de donde brota la redención de la humanidad entera. La presencia de María en la Eucaristía nos educa a la experiencia cotidiana de nuestra inserción en Cristo para acceder al don mesiánico del nuevo vino. María nos enseña que la verdadera comunión, por la que Cristo ha entregado su vida, mana de la sangre que hace evangélica toda experiencia de comunión.

El gesto de celebrar bajo los signos de pan y de vino nos puede ayudar a comprender que el signo de comunión del pan vive y está lleno de la oblación pascual expresada en el signo del vino. María nos indica, en el contexto de las bodas de Caná, cómo no sea posible un banquete nupcial en la

Iglesia que signifique una situación de comunión, si no está bañado del vino nuevo de la oblación de Cristo sobre el Calvario. Así ora la Iglesia en el texto del prefacio del formulario La Virgen María de Caná: "Ella, atenta con los nuevos esposos, rogó a su Hijo y mandó a los sirvientes cumplir sus mandatos: las tinajas de agua enrojecieron, los comensales se alegraron, y aquel banquete nupcial simbolizó el que Cristo ofrece a diario a su Iglesia" (Misas de la Virgen María I: Misal, n. 9, p. 64)

Lino E. Diez Valladares

Párroco de Ntra Sra del Santísimo Sacramento, Madrid
Asesor del Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia



VOZ DE LA IGLESIA

MISA DE CANONIZACIÓN DE LOS BEATOS

Arcángel Tadini (1846-1912)
Bernardo Tolomei (1272-1348)
Nuno de Santa María Alvares Pereira (1360-1431)
Gertrudis Comensoli (1847-1903)
Catalina Volpicelli (1839-1894)

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de San Pedro Domingo 26 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo del tiempo pascual, la liturgia pone una vez más en el centro de nuestra atención el misterio de Cristo resucitado. Victorioso sobre el mal y sobre la muerte, el Autor de la vida, que se inmoló como víctima de expiación por nuestros pecados, «no cesa de ofrecerse por nosotros, de interceder por todos; inmolado, ya no vuelve a morir; sacrificado, vive para siempre» (Prefacio pascual, III). Dejemos que nos inunde interiormente el resplandor pascual que irradia este gran misterio y, con el salmo responsorial, imploremos: «Haz brillar sobre nosotros el resplandor de tu rostro».

La luz del rostro de Cristo resucitado resplandece hoy sobre nosotros particularmente a través de los rasgos evangélicos de

los cinco beatos que en esta celebración son inscritos en el catálogo de los santos: Arcángel Tadini, Bernardo Tolomei, Nuno de Santa María Alvares Pereira, Gertrudis Comensoli y Catalina Volpicelli. De buen grado me uno al homenaje que les rinden los peregrinos de varias naciones aquí reunidos, a los que dirijo un cordial saludo. Las diversas vicisitudes humanas y espirituales de estos nuevos santos nos muestran la renovación profunda que realiza en el corazón del hombre el misterio de la resurrección de Cristo; misterio fundamental que orienta y guía toda la historia de la salvación. Por tanto, con razón, la Iglesia nos invita siempre, y de modo especial en este tiempo pascual, a dirigir nuestra mirada a Cristo resucitado, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía.

En la página evangélica, san Lucas refiere una de las apariciones de Jesús resucitado (cf. Lc 24, 35-48). Precisamente al

inicio del pasaje, el evangelista comenta que los dos discípulos de Emaús, habiendo vuelto de prisa a Jerusalén, contaron a los Once cómo lo habían reconocido «al partir el pan» (Le 24, 35). Y, mientras estaban contando la extraordinaria experiencia de su encuentro con el Señor, él «se presentó en medio de ellos» (v. 36). A causa de esta repentina aparición, los Apóstoles se atemorizaron y asustaron hasta tal punto que Jesús, para tranquilizarlos y vencer cualquier titubeo y duda, les pidió que lo tocaran —no era una fantasma, sino un hombre de carne y hueso—, y después les pidió algo para comer.

Una vez más, como había sucedido con los dos discípulos de Emaús, Cristo resucitado se manifiesta a los discípulos en la mesa, mientras come con los suyos, ayudándoles a comprender las Escrituras y a releer los acontecimientos de la salvación a la luz de la Pascua. Les dice: «Es necesario que se cumpla todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí» (v. 44). Y los invita a mirar al futuro: «En su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos» (v. 47).

Toda comunidad revive esta misma experiencia en la celebración eucarística, especialmente en la dominical. La Eucaristía, lugar privilegiado en el que la Iglesia reconoce «al autor de la vida» (cf. Hch 3, 15), es «la fracción del pan», como se llama en los Hechos de los Apóstoles. En ella, mediante la fe, entramos en comunión con Cristo, que es «sacerdote, víctima y altar» (cf. Prefacio pascual v) y está en medio de nosotros. En torno a él nos reunimos para recordar sus palabras y los acontecimientos contenidos en la Escritura; revivimos su pasión, muerte y resurrección. Al celebrar la Eucaristía, comulgamos a Cristo, víctima de expiación, y de él recibimos perdón y vida.

¿Qué sería de nuestra vida de cristianos sin la Eucaristía? La Eucaristía es la herencia perpetua y viva que nos dejó el Señor en el

sacramento de su Cuerpo y su Sangre, en el que debemos reflexionar y profundizar constantemente para que, como afirmó el venerado Papa Pablo VI, pueda «imprimir su inagotable eficacia en todos los días de nuestra vida mortal» (Insegnamenti, V, 1967, p. 779). Los santos a los que hoy veneramos, alimentados con el Pan eucarístico, cumplieron su misión de amor evangélico en los diversos campos en los que actuaron con sus carismas peculiares.

Pasaba largas horas en oración ante la Eucaristía san Arcángel Tadini, quien, teniendo siempre en cuenta en su ministerio pastoral a la persona humana en su totalidad, ayudaba a sus parroquianos a crecer humana y espiritualmente. Este santo sacerdote, este santo párroco, hombre totalmente de Dios, dispuesto en toda circunstancia a dejarse guiar por el Espíritu Santo, al mismo tiempo estaba atento a descubrir las necesidades del momento y a encontrarles remedio. Con este fin puso en marcha muchas iniciativas concretas y valientes, como la organización de la «Sociedad obrera católica de socorro mutuo», la construcción de la hilandería y de la casa de acogida para las obreras, y la fundación, en 1900, de la «congregación de las Religiosas Obreras de la Santa Casa de Nazaret», con la finalidad de evangelizar el mundo del trabajo compartiendo la fatiga, siguiendo el ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

¡Qué profética fue la intuición carismática de don Tadini y qué actual sigue siendo su ejemplo también hoy, en una época de grave crisis económica! Él nos recuerda que sólo cultivando una constante y profunda relación con el Señor, especialmente en el sacramento de la Eucaristía, podemos ser capaces de llevar después el fermento del Evangelio a las diversas actividades laborales y a todos los ámbitos de nuestra sociedad.

También en san Bernardo Tolomei, iniciador de un singular movimiento monástico benedictino, destaca el amor a



la oración y al trabajo manual. Vivió una existencia eucarística, dedicada totalmente a la contemplación, que se traducía en servicio humilde al prójimo. Por su singular espíritu de humildad y de acogida fraterna, los monjes lo reeligieron abad durante veintisiete años consecutivos, hasta su muerte. Además, para garantizar el futuro de su obra, obtuvo de Clemente VI, el 21 de enero de 1344, la aprobación pontificia de la nueva congregación benedictina, llamada de «Santa María de Monte Oliveto».

Con ocasión de la gran epidemia de peste de 1348, dejó la soledad de Monte Oliveto para ir al monasterio de San Benito en Porta Tufi, en Siena, a fin de asistir a sus monjes contagiados por la enfermedad, y él mismo murió víctima del contagio, como auténtico mártir de la caridad. El ejemplo de este santo nos invita a traducir nuestra fe en una vida dedicada a Dios en la oración y entregada al servicio del prójimo con el impulso de una caridad dispuesta incluso al sacrificio supremo.

«Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor, y el Señor me escuchará cuando lo invoque» (Sal 4, 4). Estas palabras del Salmo responsorial expresan el secreto de la vida del bienaventurado Nuno de Santa María, héroe y santo de Portugal. Los setenta años de su vida se enmarcan en la segunda mitad del siglo XIV y la primera del siglo XV, cuando esa nación consolidó su independencia de Castilla y se extendió después a los océanos —no sin un designio particular de Dios—, abriendo nuevas rutas para favorecer la llegada del Evangelio de Cristo hasta los confines de la tierra.

San Nuno se sintió instrumento de este designio superior y se enroló en la militia Christi, o sea, en el servicio de testimonio que todo cristiano está llamado a dar en el mundo. Sus características fueron una intensa vida de oración y una confianza absoluta en el auxilio divino. Aunque era un óptimo militar y un gran jefe, nunca permitió que sus dotes personales se sobrepusieran a la acción suprema que venía de Dios.

San Nuno se esforzaba por no poner obstáculos a la acción de Dios en su vida, imitando a la Virgen, de la que era muy devoto y a la que atribuía públicamente sus victorias. En el ocaso de su vida, se retiró al convento del Carmen, que él mismo había mandado construir. Me siento feliz de señalar a toda la Iglesia esta figura ejemplar, especialmente por una vida de fe y de oración en contextos aparentemente poco favorables a ella, lo cual prueba que en cualquier situación, incluso de carácter militar y bélico, es posible actuar y realizar los valores y los principios de la vida cristiana, sobre todo si esta se pone al servicio del bien común y de la gloria de Dios.

Santa Gertrudis Comensoli sintió desde la niñez una atracción particular por Jesús presente en la Eucaristía. Adorar a Cristo Eucaristía se convirtió en el fin principal de su vida; casi podríamos decir que fue la condición habitual de su existencia. Ante la Eucaristía santa Gertrudis comprendió su vocación y su misión en la Iglesia: dedicarse sin reservas a la acción apostólica y misionera, especialmente en favor de la juventud. Así, nació, por obediencia al Papa León XIII, su instituto, para traducir la «caridad contemplada» en Cristo Eucaristía en «caridad vivida» dedicándose al prójimo necesitado.

En una sociedad desorientada y a menudo herida, como la nuestra, a una juventud como la de nuestros tiempos, que busca valores y un sentido para su existencia, santa Gertrudis indica como punto firme de referencia al Dios que en la Eucaristía se ha hecho nuestro compañero de viaje. Nos recuerda que «la adoración debe prevalecer sobre todas las obras de caridad», porque del amor a Cristo muerto y resucitado, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía, brota la caridad evangélica que nos impulsa a considerar hermanos a todos los hombres.

También fue testigo del amor divino Catalina Volpicelli, que se esforzó por

«ser de Cristo, para llevar a Cristo» a cuantos encontró en Nápoles a fines del siglo XIX, en un tiempo de crisis espiritual y social. También para ella el secreto fue la Eucaristía. A sus primeras colaboradoras les recomendaba cultivar una intensa vida espiritual en la oración y, sobre todo, el contacto vital con Jesús Eucaristía. Esta es también hoy la condición para proseguir la obra y la misión que inició y dejó como legado a las «Esclavas del Sagrado Corazón».

Para ser auténticas educadoras en la fe, deseosas de transmitir a las nuevas generaciones los valores de la cultura cristiana —solía repetir—, es indispensable liberar a Dios de las prisiones en las que lo han confinado los hombres. Sólo en el Corazón de Cristo la humanidad puede encontrar su «morada estable». Santa Catalina muestra a sus hijas espirituales, y a todos nosotros, el camino exigente de una conversión que cambie radicalmente el corazón y se traduzca en acciones coherentes con el Evangelio. Así es posible poner las bases para construir una sociedad abierta a la justicia y a la solidaridad, superando el desequilibrio económico y cultural que sigue existiendo en gran parte de nuestro planeta.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor por el don de la santidad, que hoy resplandece en la Iglesia con singular belleza en Arcángel Tadini, Bernardo Tolomei, Nuno de Santa María Alvares Pereira, Gertrudis Comensoli y Catalina Volpicelli. Dejémoslos atraer por sus ejemplos, dejémoslos guiar por sus enseñanzas, para que también nuestra existencia se convierta en un canto de alabanza a Dios, a ejemplo de Jesús, adorado con fe en el misterio eucarístico y servido con generosidad en nuestro prójimo. Que nos obtenga cumplir esta misión evangélica la intercesión materna de María, Reina de los santos, y de estos nuevos cinco luminosos ejemplos de santidad, que hoy veneramos con alegría. Amén.

EL MISTERIO DE LA FE

CRISTO, CREACIÓN, EUCARISTÍA

El hombre semejanza de Cristo.

SOLO en Cristo el hombre puede conocer, acercarse al misterio más profundo de Dios. Sólo en Cristo Dios ha querido revelar y comunicar, fuera de Él, su ser, su vida, su gloria.

Todo ha sido hecho en Él y para Él (Col 16), Cristo fue desde toda la eternidad la imagen y semejanza (Col 1,15) el modelo de lo que un día sería el hombre.

Y la creación entera hecha para Cristo y por Él ha sido también hecha para el hombre. Y hecha por Dios es la creación reflejo de la Trinidad. Por eso la Creación es camino para descubrir a Dios porque es la huella de Dios.

"Mil gracias derramando

Pasó por estos sotos con presura

Y yéndolos mirando

Con sola su figura

Vestidos los dejó de su hermosura"

(San Juan de la Cruz, cántico 5)

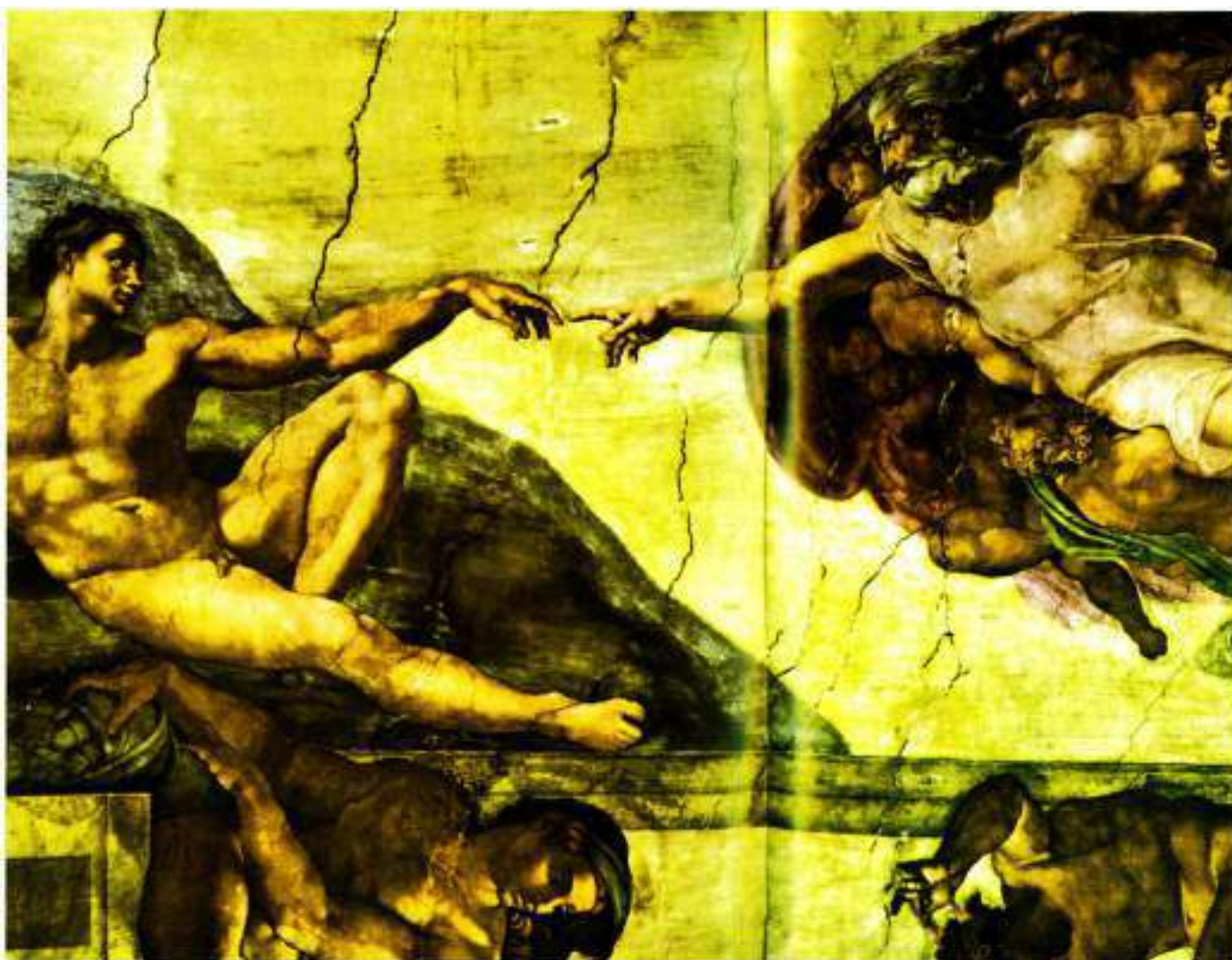
Y entonces, ¿por qué tantos hombres no descubren en la creación y en el hombre esa huella de Dios?. Sólo desde la fe podemos responder a esa

pregunta. "Muéstrame tu rostro" es el grito mil veces repetido en los Salmos.

El camino hacia la plenitud.

Dios hizo la creación y al hombre buenos pero no "perfectos", es decir acabados, la creación no ha sido hecha "de una vez", la creación y el hombre son un "proceso", una "evolución". Son algo inacabado. Dios ha querido que el hombre cooperara con Él para llegar a su propia plenitud y para, también llevara la creación entera a su plenitud. El hombre con su inteligencia, su voluntad y su esfuerzo puede hacer progresar a la creación entera en ese camino. Y sobre todo puede cooperar con Dios a su plenitud humana que será siempre integral, es decir, de su espíritu y de su cuerpo. Por su espíritu, el Padre sigue haciendo presente y eficaz la Encarnación del Hijo.

Cristo, en su resurrección, en su naturaleza humana ya ha llegado a la plenitud. Su cuerpo y su alma transfigurados son la primicia de lo que Dios ha querido, en su amor infinito, para todo hombre y para la creación entera.



Ese proceso del hombre es llamado por la tradición cristiana "divinización" pues es una progresiva y mayor semejanza identificación con Dios que ya en Cristo, por la fe y el bautismo nos ha hecho partícipes de su divinidad (2 Pe 1,4); camino que nos lleva a ser "semejantes a Dios pues le veremos como Él es" (1 Jn 3,2).

"Este mundo es el camino para el otro>, que es morada sin pesar"

Contaba el poeta.

Podríamos resumir todo esto en una frase de Santo Tomás de Aquino: "En todas las criaturas se da una representación de la Trinidad la cual hay que

entender de las Divinas Personas como causa" (Suma I.q.45 art 7).

De todo esto se siguen algunas conclusiones que nos parecen de gran actualidad y que merecen nuestra reflexión.

Dios uno y Trino.

Unidos a Cristo ya por su Encarnación, podemos y debemos llegar a un sentido, a una vivencia más profunda del misterio insondable de Dios que es la SANTÍSIMA TRINIDAD, (no olvidemos desde luego y ante todo, que Dios es "un Dios escondido" (Is. 45). Siempre ignoraremos más de Dios que lo que podamos llegar a saber).

Tenemos que reconocer que en general en los católicos "el sentido trinitario es muy débil" (Vagaggini. El sentido teológico de la liturgia página 185). Las razones de esa debilidad, con el consiguiente empobrecimiento de nuestra fe y de toda nuestra vida cristiana, son varias (alguna de ellas, incluso teológicas). El mejor camino -es quizás el único- para recuperar y crecer en ese "sentido trinitario" es sin duda la liturgia, en toda su amplitud, pero especialmente en la Eucaristía y concretamente en la celebración de la Misa. Esta, en los textos litúrgicos, en las distintas fiestas del año litúrgico nos acercan a la realidad del Dios uno que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La dignidad del hombre.

Sólo en Cristo encuentra el hombre la auténtica razón, el sentido más profundo de su propio ser, de su existencia, de su vida, de su dignidad.

Más que nunca se habla y se escribe de la dignidad de la persona humana, de sus derechos, del respeto que merece la vida humana (incluyamos aquí la del aún no nacido y la del enfermo) todo eso es cierto y ojalá fuéramos las personas y las leyes consecuentes con unos principios que afirmamos y que con frecuencia no llevamos a la práctica.

La dignidad, la grandeza del hombre le viene de ser criatura de Dios, hecho a su imagen y semejanza y llamado a participar de la misma vida de Dios. ¿Qué otra razón podemos aducir? No la "igualdad" de todos pues todos somos muy distintos, ni las cualidades morales pues no faltan quienes tienen

bastantes y terribles "indignidades". Y sin embargo, todos por ser hechos por Dios y para Él tenemos una dignidad y unos derechos inalienables: los niños, las mujeres, los incapacitados, los delincuentes, los enfermos terminales. Una de las grandes aportaciones del cristianismo a la humanidad, a la cultura ha sido el verdadero concepto de PERSONA. Y la proclamación de "libertad, igualdad y fraternidad" que quiso apropiarse la Revolución Francesa no son si no derivados de ese valor divino que tiene todo hombre.

Creación y ecologismo.

Otra consideración nada despreciable, y hoy actual como nunca, se nos impone acerca de la naturaleza, "el ecologismo". No han faltado quienes por ignorancia o mala fe han achacado a la tradición "judeo-cristiana" un desprecio por la naturaleza o los abusos que sobre ella se han cometido.

Que la naturaleza esté al servicio del hombre no es si no dignificar la naturaleza, respetarla, defenderla. Y paradójicamente se quiere igualar a los chimpancés con el hombre y se exaltan los "derechos" de los animales y se olvidan o combaten los derechos más fundamentales del hombre.

Creación y evolucionismo.

Y, aunque sea muy brevemente, no podemos dejar de aludir aquí a las aparentes contradicciones entre fe y ciencia, entre creacionismo y evolucionismo, larga historia que parece que poco a poco se va aclarando y que los tiempos venideros acabarán por pacificar poniendo en su lugar las líneas que limitan -no que enfrentan- la ciencia, el

progreso técnico, la libertad del hombre y esa otra dimensión de la realidad que es Dios y el carácter espiritual del ser humano.

El tremendo contraste.

"Vio Dios todo cuanto había hecho y he aquí que estaba muy bien" (Gen 1,30) "Él todo lo creó para que subsistiera, las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni imperio del Hades sobre la Tierra" (Sab. 1,14). Pero frente a ese proyecto de Dios sobre el hombre nos encontramos con la trágica realidad del mal. Un hombre y una creación por entero en poder del maligno (1 Jn 5,19). El plan de Dios de llevar al hombre a una plenitud y con el hombre a la creación entera ha sido frustrado por una tremenda realidad: EL PECADO. El hombre creado libre para que libremente cooperara con Dios en el caminar hacia Él, engañado, quiso ser como Dios (Gen 3,5) y se vio reducido a una situación de excluido del Paraíso, de la amistad de Dios y sometido a la muerte. Con el hombre y por su rebelión, la creación entera se ve frustrada sometida a la servidumbre de la corrupción y "entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto" (Rom 8,22) esperando con el hombre su liberación.

Cristo -podíamos decir- al tomar, al encarnarse, la naturaleza humana, se la "encontró" pecadora, frustrada y siendo Dios y sin pecado quiso cargar con el pecado del hombre. "Dios enviando a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne (Rom 8,21). Cristo "sobre el madero llevó nuestros pecados en su cuerpo a fin de

que muertos a nuestros pecados viviéramos por la justicia; con sus heridas habéis sido curados (1 Pe 2,24 s) Cristo es así nuestro REDENTOR. La cruz, la obediencia del Hijo nos libró de nuestra desobediencia, de nuestro pecado, aunque no aún de todas sus consecuencias.

El hombre tiene que, libremente "insertarse" en el plan de Dios, uniéndose a Cristo y haciendo suya la redención. El bautismo con la donación que en él se nos hace del Espíritu Santo nos sitúa de nuevo en el camino de la salvación definitiva.

A. T.

El hombre, imagen de Dios

Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos.

Pero, ¿qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. La duda y la ansiedad se siguen en consecuencia. La Iglesia siente profundamente estas dificultades, y, aleccionada por la Revelación divina, puede darles la respuesta que perfila la verdadera situación del hombre, dé explicación a sus enfermedades y permita conocer simultáneamente y con acierto la dignidad y la vocación propias del hombre.

(Concilio Vaticano II. Const «La Iglesia en el mundo actual», n° 12)

SE DE QUIEN ME FIO

SAN PABLO TESTIGO Y MAESTRO

SAULO formaba parte de un pueblo orante. De ese pueblo de Israel formaba ya el joven Saulo parte destacada y activa. Él nos confesó que fue instruido en la más autorizada escuela rabínica, la de Gamaliel, y como fidelísimo discípulo persiguió a la naciente Iglesia.

El centro vital de todo aquel pueblo era el Templo, el lugar de la oración comunitaria y pública. Es innecesario multiplicar ejemplos. (Habría que empezar por el puesto que correspondía a la peregrinante Tienda de la Alianza, hasta que Salomón construyó el primer Templo...). "No pongáis vuestra confianza en vanas palabras diciendo: Oh, el Templo de Jahvé, este es el Templo de Javé..." (Jer. 6,4) "Una cosa pido a Yave, y eso procuro: habitar en la casa de Yavé todos los días de mi vida para gozar del encanto de Yavé y visitar su santuario" (Sal. 27,4). Y la oración de Jonás, en el vientre de la ballena: "Arrojado soy de delante de tus ojos, pero todavía podré contemplar tu santo templo..." Jon. 2,5)

Por eso, en el destierro los israelitas añoraban: "Cómo estalla en mi corazón el recuerdo de cuando en medio de la muchedumbre iba en procesión a la casa de Dios entre voces de júbilo y alabanza del pueblo en fiesta" (Sal. 42,5)

Y a la hora de condenar a Jesús, ésta era la acusación: "Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este templo hecho por mano de hombre..." (Me. 14, 58). La misma acusación se repetirá en las primeras persecuciones. Así contra Esteban: "Este hombre no cesa de proferir palabras contra el lugar santo... le hemos

oído decir que ese Jesús Nazareno destruiría este lugar..." (Hechos 6, 13-14). Y contra Saulo ya convertido: "... por todas partes anda enseñando a todos... contra este lugar... y ha introducido a los gentiles en el templo y ha profanado este lugar santo..." (Hechos 21,28).

En realidad toda religión tiene como expresión necesaria la oración común, pública, que exige lugares, manifestaciones comunitarias.

1. La Iglesia que acogió a Pablo

La Iglesia, nuevo Pueblo Elegido, culminación de las promesas hechas a Israel, tenía necesariamente que ser una comunidad orante desde el principio. La despedida de Jesús mortal fue la Cena de Pascua, la oración litúrgica por excelencia. Y esas apariciones a los discípulos las realiza cuando estaban reunidos. La Iglesia primera, la de la mañana de Pentecostés, es la Iglesia presidida por Pedro, agrupada junto a María en la espera anhelante del Espíritu. Y el libro de Los Hechos de los Apóstoles nos describe así aquella Iglesia: "perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles, en la unión, en la fracción del pan y en la oración" (Hech 2,42).

- En el Templo, al que seguían acudiendo: "Todos acordes acudían con asiduidad al Templo..." (Hech. 2,46). "Pedro y Juan subían a la hora de la oración, que era la de nona..." (Hech. 3,1).

- En las casas. "... los Apóstoles se fueron a las suyas... ellos, en oyéndolos, a una levantaron la voz diciendo: "Señor, que hiciste el cielo y la tierra... Después de haber orado tembló el



lugar en que estaban reunidos y fueron llenos del Espíritu Santo..." (Hech. 4, 23-31). Y así, en casa de Tabita que había muerto, en la ciudad de Joppe (Hech. 9, 36-42).

Y por Pedro encarcelado "la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él" (Hech. 12,5). Liberado éste "se fue a la casa de María, la madre de Juan Marcos donde estaban muchos reunidos y orando" (Hech, 12,12)

- En Antioquía. "Mientras celebraban la liturgia en honor del Señor, dijo el Espíritu Santo: "Segregadme a Bernabé y a Saulo..." (Hech. 13,2).
- En Tróade. Se nos describe la larga reunión nocturna en la que el Joven Eutico se durmió y murió al caerse desde la ventana del tercer piso, era "el día primero de la semana (el domingo) estando nosotros reunidos para partir el pan..." (Hech. 20, 7-12).
- En la playa de Tiro. "Iban acompañándonos todos con sus mujeres e hijos hasta fuera de la ciudad; allí, puestos de rodillas en la playa, oramos, nos despedimos y subimos a la nave..." (Hech. 21, 5-6).

Esta es la realidad que encontró y a su vez fue creando Pablo con su predicación. No nos alargaremos refiriendo las oraciones del mismo apóstol que aparecen en sus escritos (y que, evidentemente, son inigualables lecciones

de oración. Algunas de estas oraciones parecen ser himnos ya recibidos de la comunidad y que San Pablo hace suyos). Como ejemplos:

"Oh profundidad de la riqueza de la sabiduría y de la ciencia de Dios!. Cuán insondables son sus juicios..." (Rom. 11, 35-36)

"... Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo... que nos consuela en todas nuestras tribulaciones..." (2Cor. 1, 2-4)

"... Bendito sea Dios... que en Cristo nos bendijo... nos eligió... nos destinó a la adopción de hijos suyos..." (Ef. 1, 3-19)

Pablo, por su parte, pide constantemente que oren por él:

"Hermanos, rogad por nosotros para que la palabra del Señor sea difundida..." (2Tes. 3,1)

"Orando en todo tiempo con fervor y siempre en constantes súplicas por todos los santos y por mí, a fin de que cuando hable me sean dadas palabras con que dar a conocer el misterio del Evangelio del que soy embajador" (Ef. 6, 18-20).

2. La Iglesia, una comunidad que se reúne a orar.

Ya en el momento de su conversión Saulo es llamado por Cristo que se le manifiesta a la comunidad creyente de Damasco: "Levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que has de hacer" (Hech. 9,6). "... pasó algunos días con los discípulos de Damasco y luego se dedicó a predicar..." (Hech. 9,19).

Las reuniones que nos presentan los Hechos y los escritos de San Pablo eran de oración y que muchas veces culminaban con la celebración de los signos sacramentales, oración litúrgica y comunitaria por excelencia.

Así, la Eucaristía. Es la oración suprema y constitutiva de la comunidad. Las palabras de San Pablo, escritas hacia el año 56 desde

Efeso, son un testimonio precioso de la fe y de la vida de la Iglesia de entonces -y de antes, y de siempre-. Él mismo se justifica: "Porque yo he recibido del Señor Jesús lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó el pan... (ICor. 11, 17-34)

Y antes les ha recordado: "El cáliz de bendición ... ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?. Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo?". Y concluye: "Porque el pan es uno somos muchos en un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (ICor. 10, 16-17). La eucaristía es signo de la unidad de muchos y es también causa de esa unidad.

No insistimos, Juan Pablo II nos hablaba de "la eficacia creadora de comunión... es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente" (Ecclesia de Ene. 41. Antes, nº 12 ha citado las palabras del Conc. Vaticano II: "No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la Sagrada Eucaristía". Presb. Ordin. 5)

El Bautismo. Es constante en San Pablo la referencia al Bautismo como comienzo y fundamento de la vida cristiana y de cada Comunidad surgida de su evangelización. Él fue bautizado en Damasco a los tres días del encuentro con el Señor en el camino desde Jerusalén (Hech. 9,18 y 22,16). El Bautismo es el signo externo de la unidad de la Iglesia, "Un solo Señor, una fe, un bautismo, y Dios y Padre de todos" (Ef. 4, 5-6). La misión es, sí, ante todo evangelizar: "No me envió Cristo a bautizar sino a evangelizar y no con artificiosas palabras" (ICor. 1,17). Pero antes recuerda: "Doy gracias a Dios por no haber bautizado a ninguno de vosotros si no es a Crispo y a Gayo... También bauticé a la casa de Estéfano, mas fuera de ellos no sé de ningún otro" (ICor. 4, 14-16). Nos lo refiere San Lucas: "Crispo, jefe de la Sinagoga con toda su casa creyó en el Señor, y muchos corintios, oyendo la palabra creían y se bautizaban" (Hech. 18,8).

El Orden. Era en Antioquía y se nos narra solemnemente: "Mientras celebraban la Litur-

gia en honor del Señor y guardaban los ayunos, dijo el Espíritu Santo: Segregadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la que les tengo llamados. Entonces, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron" (Hech. 13, 2-5).

Y más tarde, Pablo hará lo mismo con Timoteo al que exhorta: "No descuides la gracia que hay en ti por la profecía con la imposición de las manos del colegio episcopal... la gracia que está en ti por la imposición de las manos, de mis manos" (ITim. 4,14; 2Tim. 1,6). Y Timoteo será un nuevo Obispo, fiel sucesor de Pablo quien, a su vez, continuará la sucesión apostólica; por eso se le advierte: "No seas precipitado en imponer las manos a nadie..." (ITim. 5,22)

El Matrimonio. La Gracia sacramental está insinuada por San Pablo en el conocido texto: "... dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán dos en una carne. Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia" (Ef. 5, 31-32).

3. San Pablo exhorta a la oración comunitaria.

"No os embriaguéis de vino... Llenaos, al contrario, del Espíritu, siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando a Dios en vuestros corazones" (Ef. 5, 18-19).

Ciertamente toda oración cristiana es "comunitaria" en el sentido de "eclesial", compartida, universal. Ya San Cipriano, el año 250, recordaba: "No quiso el Doctor de la paz y Maestro de la unidad que orara cada uno por sí y privadamente... No decimos "Padre mío"... ni "el pan mío..." ni pide cada uno que se le perdone a él sólo la deuda... Es pública y común nuestra oración y cuando oramos no oramos por uno sólo, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo forma una sola cosa" (De orat. Dominica 8).

Es lo que a propósito de la Eucaristía nos enseña Benedicto XVI, es la "dinámica de la Eucaristía" ... "la mística del sacramento tiene un carácter social ... la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo

para mí... La comunión me hace salir de mí mismo..." (Ene. Deus Char. 13 y 14). Y hablando de la parroquia, Juan Pablo II afirma: "es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio Eucarístico" (Eccl. de Eucar. 32). Y poco antes: "aunque no puedan estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia" (ibid. 31). Y de su propia experiencia nos comunicaba: "Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas, me hacen experimentar intensamente su carácter universal, y por así decir, cósmico... Porque cuando se celebra sobre el pequeño altar de una Iglesia en el campo... se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo" (ibid. 8).



4. Orando en todo lugar.

Esta oración será comunitaria, pública. Así lo vemos en la práctica y enseñanza de San Pablo, p.e.:

- En el Templo -como ya veíamos- hasta que la persecución apartó definitivamente a los cristianos de los seguidores de la Ley.
- Pero fuera de Jerusalén Pablo empezaba su predicación acudiendo el sábado a la sinagoga. Así, en Salamina (Hech. 13,5), en Antioquía de Pisidia (Hech. 13,14), en Iconio (Hech. 14,1), en Tesalónica donde habría una sinagoga de judíos. Según su costumbre, Pablo entró en ella, y por tres sábados discutió con ellos sobre las Escrituras" (Hech. 17, 1-2. En la sinagoga de Efeso lo hizo durante tres meses (Hech. 19,8).
- En descampado, junto al río de Filipos, "donde pensamos que estaba el lugar de la oración" (Hech. 16,13).
- En las casas, El carcelero de Filipos "sabiéndolos a su casa, les puso a la mesa y se regocijó con toda su familia de haber creído en Dios" (Hech. 16,34). Y allí mismo, en casa de Lidia (16,40). En Tesalónica será en la casa de Jasón (Hech. 17, 5-6), y en Corinto en la de Ticio Justo (Hech. 18,7)

Por eso en sus saludos recuerda p.e. "Salu-

dad a Prisca y Aquila... también a la iglesia de su casa" (Rom. 16, 4-5). Y desde Éfeso escribe a los Corintios: "os mandan muchos saludos en el Señor, Aquila y Prisca con su Iglesia doméstica" (ICor. 16,19). "Saludad a los de la casa de Aristóbulo" (ibid. 10-15). Y aún "los de la casa del César" (Fil. 4,22).

- En una escuela: la de Tirano de Efeso (Hech. 19,9).

Y es que toda oración es oración universal, oración del Cristo total, es el Espíritu Santo el que ora en nosotros (Rom. 8, 26). "Ora Jesucristo por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra, a Él se dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en Él nuestras voces y la voz de Él en nosotros" (San Agustín, in Salm. 85,1, citado en el CATECISMO 2616).

Por eso es impensable oponer "oración general" a "oración comunitaria". Sólo serán las circunstancias concretas las que determina la forma de unirnos a Dios, que es Padre de todos, que lo trasciende todo.

Cada expresión: mental, vocal, personal, comunitaria, litúrgica... encontrará un lugar y tiempo. Siempre hará que "se encuentren la sed de Dios y la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él. (San Agustín, quaest. 64,4).

Ángel González Prado

TRES MESES

El Papa impondrá a Mons. Carlos Osoro el Palio como arzobispo metropolitano de Valencia el 29 de junio

El papa Benedicto XVI impondrá a monseñor Carlos Osoro el palio como arzobispo metropolitano de Valencia, en una ceremonia que el Pontífice presidirá en la Basílica de San Pedro del Vaticano el próximo 29 de junio.

Monseñor Carlos Osoro recibirá el palio junto a otros cincuenta arzobispos metropolitanos nombrados por el Papa en el último año, desde el pasado 30 de junio, entre ellos el también español monseñor Braulio Rodríguez, titular de la archidiócesis de Toledo y Primado de España.

El palio «simboliza la unión de los arzobispos metropolitanos con el Papa», según ha explicado Vicente Cárcel, vicario episcopal para los sacerdotes de la archidiócesis de Valencia residentes en Roma

El Banco de Caridad recibe 16.000 euros procedentes de nóminas de sacerdotes y seglares segovianos

El llamamiento hecho por el Obispo de Segovia, Ángel Rubio, el pasado Lunes Santo, con motivo de la Misa Crismal, invitando al clero a donar un 10% de su nómina del mes de mayo a Cáritas ha dado sus frutos. El Banco de Caridad ha recibido en este tiempo 16.000 euros procedentes de esas nóminas de los sacerdotes y también de aportaciones de seglares que han respondido a la invitación del prelado segoviano. Desde Cáritas Segovia, su directora, Rosario Díez ha agradecido este gesto de sacerdotes y seglares que permite seguir atendiendo esas demandas de ayuda que no dejan de llegar a Cáritas.

Convocada una manifestación por la vida para el 17 de octubre

Más de cuarenta entidades cívicas, entre ellas Derecho a Vivir y HazteOir.org, han convocado el lunes 1 de junio la segunda manifestación por el derecho a vivir, a favor de la mujer embarazada y contra la iniciativa del Gobierno de una ley de aborto libre en un régimen de plazos.

Cientos de miles de ciudadanos volverán a salir a la calle el 17 de octubre para proclamar el valor supremo de la vida y apoyar a la mujer frente a la violencia abortista. La convocatoria se ha presentado en conferencia de prensa, con presencia de los portavoces de las distintas entidades organizadoras. Será la segunda gran movilización contra el aborto, tras la Marcha por la Vida del pasado 29 de marzo, cuando medio millón de personas evidenciaron el rechazo cívico a la reforma en las calles de Madrid, unidos a los miles de ciudadanos que secundaron la convocatoria en 87 puntos de toda España y en Iberoamérica.

José Luis Gutiérrez, 'un ejemplo de expresión católica en la vida pública', Medalla de Oro de la Fundación San Pablo CEU

La Fundación Universitaria San Pablo CEU ha concedido su Medalla de Oro, máximo galardón de la Institución educativa a José Luis Gutiérrez García, un ejemplo de expresión católica. El filósofo ha agradecido dicho galardón, teniendo presente a Dios en todo momento: «yo soy simple depositario de los bienes. A sólo Dios se le debe la gloria del honor».

Ante todo, Gutiérrez ha llamado al 'optimismo cristiano', enseñado por Herrera Oria. 'Hay que tener la confianza en la mano de Jesús, Padre, y Espíritu Santo para soportar la tiniebla. La fortaleza y confianza son el optimismo cristiano'. En su intervención ha tratado la alegoría evangélica del Buen Pastor, los 'cambios' que ha producido Ángel Herrera con su visión optimista, el llamamiento que hizo a la unión a pesar de las situaciones difíciles, y la idea breve de la enseñanza y Magisterio Cristiano de Ángel Herrera.

Presentado el rodaje de «Pablo de Tarso» El último viaje

El pasado, 29 de abril, se presentó oficialmente en rueda de prensa el inminente rodaje de la película Pablo de Tarso. El último viaje, un ambicioso proyecto coproducido por la Editorial San Pablo y Contracorriente Producciones. En el acto, y por este orden, intervinieron Maite López, directora del departamento Multimedia de la Editorial, Pablo Moreno, director artístico y coguionista, Jacobo Muñoz, actor principal, Denis Rafter, director de casting y actor de reparto y Lázaro García, director editorial de San Pablo. Estuvieron presentes, además, el P. Antonio Marañón, provincial de la Sociedad de San Pablo en España, Juan Carlos Sánchez, asesor teológico en la producción cinematográfica, Andrés Tejero, autor de la música, así como parte del equipo técnico, de la editorial y de la institución paulina. Numerosos periodistas de distintos medios de comunicación acudieron a la presentación y tuvieron ocasión de preguntar, tanto en la rueda de prensa como luego en privado, a todos los intervinientes.

La cinta, que se rodará íntegramente en escenarios históricos de Ciudad Rodrigo y en localizaciones de la comarca salmantina, se plantea como una película histórica, religiosa, universal y para todos los públicos. El director afirmó que desea mostrar el lado más humano de Pablo de Tarso, un personaje que sufrió un cambio radical en su vida, viviendo muchos conflictos personales y sociales que aparecen en el film.

Está previsto que Pablo de Tarso. El último viaje pueda ser visionado en preestreno a finales de junio, coincidiendo con la festividad del apóstol Pablo, y que se pueda llevar a cabo la presentación oficial y su exhibición en salas para otoño de este año.

100 FICHAS SOBRE ASPECTOS CONTROVERTIDOS DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN



Parece un poco extraño el título de este libro del P. Alejandro Martínez Sierra, jesuita, editado por Monte Carmelo de Burgos, dentro de la colección "para aprender y enseñar". Esta colección tiene el propósito de ofrecer a docentes y alumnos un recurso muy útil para sintetizar, transmitir y asimilar lo nuclear de un determinado tema. Y en forma de "fichas" porque no son simples materiales para que los alumnos trabajen por sí solos, sino verdaderos resúmenes de cuanto cada uno de los autores que los han preparado juzgan necesario para el fin que se proponen.

En realidad la presente obra sobre el sacramento de la Reconciliación no se ciñe únicamente a los mencionados aspectos controvertidos, sino que encaja en los cien temas solicitados todo cuanto puede decirse sobre la fundamentación bíblica, patristica, teológica, canónica, litúrgica y pastoral acerca del sacramento que sufre la mayor crisis y devaluación en la práctica cristiana de las últimas décadas.

El autor entiende que una renovación eficaz de este Sacramento requiere previamente un conocimiento más profundo de su misión en la vida de la Iglesia, en orden a ayudar a la santificación del pueblo cristiano. El presente libro pretende acercar la doctrina de la Iglesia católica sobre este Sacramento al cristiano culto, que se encuentra hoy envuelto en una maraña de afirmaciones, que crean en él un confucionismo acerca de la naturaleza y finalidad de la confesión en la vida de la Iglesia. Esta situación ha hecho que haya decaído la frecuencia de la celebración del Sacramento.

Es cierto que la celebración de este Sacramento ha experimentado una notable evolución a lo largo de la historia. Pero, ¿en qué ha consistido esta evolución? ¿Qué ha desaparecido y qué ha permanecido como esencial en el signo sacramental? Circulan interpretaciones erróneas acerca de su práctica en los primeros siglos, en los cambios producidos en la Edad Media, y tampoco se libra de una interpretación errónea la doctrina del Concilio de Trento. Por fin otro sector del pueblo cristiano no se confiesa porque no echa de menos este sacramento, para llevar adelante su conversión bautismal. Se encuentran bien sin su recepción.

Estas y otras afirmaciones que circulan con garantía de validez son las que intenta el autor analizar científicamente en esta obra y darles una respuesta apoyada en sólidas razones teológicas que ayuden al lector a tener su propio criterio bien formado. No es intención del P. Alejandro hacer un libro de texto. Quiere suministrar un material abundante a los pastoralistas, que en muchas ocasiones tienen que dar una catequesis sobre este Sacramento, y no encuentran tiempo ni libros para prepararla.

Una auténtica renovación del Sacramento inquiera que se consoliden sus fundamentos y se conozca el significado de los elementos que lo componen. Es esencial para ello conocer los signos de la liturgia y su significado. Para ello ha procurado recoger en los últimos capítulos las sugerencias del Magisterio en las últimas exhortaciones apostólicas y en el Catecismo de la Iglesia católica.

Estas páginas sirven de ayuda para que sacerdotes, catequistas y cristianos en general tengan criterio bien formado siguiendo la doctrina de la Iglesia y de sus pastores.

¡Qué labor más preciosa pueden hacer los padres con los hijos! —y los abuelos con los nietos— apartando falsas ideas sobre este precioso sacramento del perdón, y acercándose todos juntos, la familia en bloque, a sentirse amados y perdonados por Dios en el signo sacramental. Solo el sacerdote nos puede decir; "El Señor te ha perdonado. Vete en paz".

José Luis Otaño, S.M.

Canto a la eucaristia

¡Aquí está Dios! Los ojos se encandilan ...
¡Aquí está Dios! Los labios le bendicen
Rutilantes los astros más rutilan
Y ante la Estrella del Señor desfilan
Y las sendas de luz su gloria dicen...
¡Aquí está Dios, aquí sacramentado
Entre las ceras del altar silente!
¡Aquí está Dios, por todos adorado,
Por aquellos que le han crucificado
Derramando perdones, indulgente...!
¡Ese es el cuerpo! ¡Eres tú siempre!
¡Ho, Cristo que oculto en pan y en vino nos esperas!

Rafael Duyos, Corpus 1961

